

condenado á vivir como misionero en una estrecha celda ¿y para qué? para morir reprobo, y esto, porque no quiero rendirme á la verdad y retractar mi opinion. ¡Pero qué locura seria la mia, cuando la retractacion no me acarrea deshonor alguno, y sí gloria ante el mundo entero! En el hecho de retractarme yo diria que hasta aquí he tenido buena fe, pero que siendo hombre sujeto á error, me he apresurado á rendirme á la luz, cuando el Señor ha querido iluminarme. Estoy cierto de que todos, aun mis partidarios, me mirarian como á un hombre de conciencia y no me negarian sus elogios. En cuanto á los antiprobabilistas ¿de qué alabanzas no me colmarian viéndome pasar á sus filas? Al contrario, quedando en mi opinion, paso á los ojos del padre Patuzzi y de sus afectos, por ser un cerebro loco, un relajado, un obstinado y lo que es más, un hombre ridículo y de mala fe.

“Mi avanzada edad y mis enfermedades, me anuncian que compareceré muy pronto delante de Dios; pero me consuelo al pensar que mi sentencia eterna será pronunciada, no por el padre Patuzzi, sino por Jesucristo, que ve el fondo de los corazones. Es cierto que temo el juicio á causa de mis pecados; pero de ninguna manera á causa de la opinion que sostengo, porque ella me parece de tal modo cierta, que solo la Iglesia podria hacerme la abandonar, condenándola. En este caso yo someteria mi juicio á su infalible autoridad, pero obedeceria sin saber por qué. *Ed in tal caso io sotto porró il mio giudizio alla di lei autoritá infallibile, é diró che mi bisogna ubbidire, benché siani ignoto il perché.*”

En otra parte el santo se expresa así: “Vuestra paternidad sabrá que tuve por maestros y directores en los estudios eclesiásticos, á partidarios del rigorismo; que el primer autor que me pusieron en las

manos fué Ginetti, jefe de los probabilistas, y que durante largo tiempo fué el ardiente defensor del probabilismo. Más tarde, examinando las razones de la opinion contraria, he cambiado de opinion. Durante el espacio de treinta años en que me he ocupado de esta cuestion, he leído innumerables autores, partidarios de una y otra opinion; y durante todo este tiempo, no he cesado nunca de pedir á Dios que me hiciera conocer el sistema que yo debía abrazar para evitar el error. He fijado al fin mi opinion, apoyado, no en mi discernimiento personal, sino en la enseñanza de los teólogos, y ántes que todos en la del príncipe de la teología, Santo Tomás, el oráculo de todas las escuelas y el doctor de la Iglesia.

“Me he aplicado muy á menudo á examinar bien mi conciencia. Estoy cierto de no haber escrito, ni por pasion, ni por entusiasmo. . . . Ya termino. . . . Hace muchos meses estoy atacado de una enfermedad que no me deja ningun descanso, y que es muy verosímil que me conduzca muy en breve al sepulcro. Se dice comunmente que uno es el lenguaje que se tiene durante la vida, y otro el que se tiene en artículo de muerte, porque á la hora de la muerte se sienten remordimientos que no se sienten, ó por mejor decir, que no se quieren sentir durante la vida. Pues bien, yo no tengo remordimientos ningunos por haber sostenido mi sistema tocante al probabilismo, ¿qué digo? mi mayor remordimiento seria que se adoptara el sistema contrario en la instruccion de los demas, aunque apoyado en la opinion de ciertos autores modernos. En la enseñanza he seguido el sistema de San Crisóstomo: *Circa vitam tuam esto ocerbus, circa alie man benignus.* En cuanto á tu vida sé severo; en cuanto á la agena benigno.”

“Hubiérais visto al promotor de la fe, decia el padre José, abrir tamaños ojos á

la lectura de estas cartas; quedó mudo, y la sagrada congregacion declaró que Alfonso habia practicado la prudencia en un grado *heróico*; y observad que aquí se trata de la prudencia del escritor que debe servirle de regla en sus lecciones. La bula fué redactada y llevada para la aprobacion del Santo Padre. El cardenal relator temblaba al estar leyéndola; tan fuertes y explicitas eran las expresiones de la Congregacion sobre las obras y la santa doctrina de Alfonso. Cuando llegó al pasaje que contenia este juicio, le interrumpió el Santo Padre, exclamando: *Bravo, tutto questo é vero.* “Bravo, todo esto es verdad.” ¡Juzgad cuál seria mi consuelo al saber esta frase salida del oráculo de la verdad! Yo dije á mi vez: *Petrus, locutus est, causa finita est.* “Pedro ha hablado, la causa ha terminado.”

—No para todo el mundo, le dije.— “¡Ah! sí; ya se relicó vivamente que hay algunos malos franceses, *Francesacci*, que resisten todavía. Pero no son malvados, *non sono cattivi*, dijo poniendo el índice en su frente, *sono pazzi, si, si, pazzi, e per che; sí, sí, locos, hé aquí el por qué.*” Entonces se puso á desenvolver con mucha lógica y lucidez las consecuencias del galicanismo y del rigorismo. “Yo conozco á esos señores, continuó el espiritual anciano; teología local, teología nueva, teología peligrosa, teología de contrabando; he aquí lo que dicen de la moral de San Alfonso.”

Luego, quitándose de nuevo su bonete, se inclinaba hácia mí y replicaba con dulce ironía: “¡Teología local! *ma per Baccho!* muy local en efecto, puesto que está adoptada en todas las localidades del mundo, en Italia, en Alemania, en Polonia, en Bórnica, en Sérvia, en las Indias, en América y hasta en Francia. Hé ahí las firmas de siete de vuestros obispos, que de acuerdo con setenta y cinco de sus colegas, ruegan al Santo Padre que ponga á San Alfonso en

el número de los doctores de la Iglesia. ¡Teología local! Pero aunque no lo fuera para toda la catolicidad, vuestros franceses deberian mirarla como hecha para su país. Os ruego me digais, ¿á quién ha respondido Su Santidad solemnemente, que se podia, *tutta conscientia*, seguir las opiniones de San Alfonso? ¿Es acaso á un obispo italiano, aleman ó español? No; es á un cardenal frances, que segun parece, no le consultaba para la Italia, la Alemania ó la España, sino para la Francia, para su diócesis: y la prueba de ello es que la piadosa Eminencia se apresuró á enviar á sus sacerdotes la respuesta del vicario de Jesucristo, exhortándoles á seguir una moral aprobada por la madre y la señora de todas las Iglesias. ¿Y cuándo se hizo esta consulta? No hace ni cien años, ni cincuenta años, ni veinticinco años; hace solo nueve años. La moral de San Alfonso es, pues, buena para la Francia actual. 1 ¡Teología local! pero si es buena para una parte de la catolicidad, *per che, di grazia, ¿por qué*, hacedme el favor, no habia de ser buena para los demas? ¿Desde cuándo ha dejado la moral de ser una? ¿Quién se ha atrevido á decir alguna vez que la regla de las costumbres podia variar segun los grados de longitud? Lo que es justo, honesto, lícito en Italia, en Alemania, en España, ¿puede ser injusto é ilícito en Francia? No se trata en la moral de San Alfonso de ciertas aplicaciones de pormenor que pueden variar segun los lugares y las personas, admitiendo como cierto el principio de donde dimanar; se trata del fundamento mismo de toda su teología: á saber, si una ley dudosa obliga ó no obliga. Ahora bien, la solucion de este problema no puede variar segun los países y las personas; debe ser necesariamente la

1 Respuesta de la Santa Sede á su Eminencia el cardenal de Rohan, arzobispo de Besançon, 31 de Enero de 1833.

misma en todas partes. Pues bien, la Iglesia ha encontrado irreprochable la solución dada á este problema por San Alfonso; luego en todos los países se puede, por no decir se debe, seguir la moral que contiene. *Ecco in breve per la theologia locale*; hé aquí en pocas palabras lo que mira á la teología local.

Benone, padre, benone; muy bien, padre, muy bien, le dije, es una teología nueva; esto no puede negarse. — ¡Teología nueva! replicó; ¡ah! *Francesacci qui vi prendo*; ¡ah! Galicanos, aquí caísteis. En este punto, no os disgusteis, pero no son los novadores aquellos que se cree que lo son. ¿Cuál es, os pregunto, la fecha de vuestras teologías favoritas? ¿Cuántas citais como mayores en edad de la que yo defiendo? Conozco teologías vuestras que no tienen cincuenta años, que no tienen veinticinco, y hay alguna que todavía no ha nacido. Vosotros decís que teneis antiguas. Sí, datan de la segunda mitad del siglo diez y siete. Pero Santo Tomás, San Buenaventura, San Antonino, San Raimundo de Peñafort, los *seiscientos cincuenta y seis príncipes* y grandes señores del mundo teológico, cuyos oráculos componen la moral de San Alfonso, no son de ayer. Reinaban ántes de vuestros teólogos, y con ayuda de Dios reinarán todavía sobre los que vayan viniendo. ¡Ah! decís que vosotros los entendéis mejor que nosotros: *ma per Baccho!* ¿habeis reflexionado sobre este hecho tan notable? Por una parte veo en moral á todas las Iglesias del mundo y á Roma á su cabeza, marchando en la misma vía y adoptando, sin contestación, la moral de San Alfonso; por otra, á algunos franceses que la rechazan. Unas y otras dicen tener aquellos grandes santos por maestros y por doctores; ¿de qué lado está la verdadera interpretación? ¿Quién ha cambiado? *Ab initio non fuit sic*. Al principio no fué así. Esta división

no ha existido siempre; ántes de 1641 la Francia estaba acorde con las demas Iglesias. Leed vuestras conferencias eclesiásticas, vuestros rituales, vuestras teologías anteriores á aquella época, y ellas os presentarán la prueba de este magnífico acuerdo. ¿Por qué, cuándo y cómo ha cesado? preguntádselo al jansenismo. El clero de Francia, permaneciendo católico, no estuvo muy cuidadoso contra las severas novedades de la secta. Una nueva práctica reemplazó á la antigua, con excepcion de ciertas comunidades religiosas que conservaron hasta la revolucion francesa las antiguas tradiciones. Hé ahí, en pocas palabras, lo que mira á la teología nueva."

El buen padre, á quien yo escuchaba con el más vivo interes, se detuvo un momento y me ofreció un retrato original de San Alfonso, así como un cuarto de papel en que habia notas escritas de su mano; luego un pedazo de paño sobre el cual habia expirado el santo obispo. Recibí aquellos objetos con respetuoso reconocimiento; y despues de algunos pormenores sobre la pobreza de Alfonso, ataqué de nuevo á su hábil defensor, diciendo: "Convenid, no obstante, padre mio, en que esa teología es peligrosa y se abusa de ella."

— ¡Teología peligrosa! *¡Gesú mio!* ¡Jesus mio! voy á traduciros esta modesta pretension de vuestros franceses: "El que suscribe, superior, profesor, director de seminario, cura, vicario frances, que sabe en derecho, mejor que el papa, si una teología es buena ó mala; conociendo de hecho mejor que él la moral que conviene enseñar en Francia, declaro peligrosa la teología de Ligorio aprobada por el papa, y mala para la Francia, aunque buena para la Italia, para la Alemania, para la España y para el resto del mundo. En fe de lo cual declaro, que mi conciencia no me permite ni seguir ni enseñar la susodicha moral, y que Roma habria hecho mejor en

poner á Ligorio el index, que en inscribirle en el número de los santos. "Hé ahí, hé ahí, me dijo sonriendo el excelente anciano, la modestia de vuestros doctores. Además, añadió, quien quiera que séais, superior, director, profesor de seminario, á pesar del respeto que me inspirais, á pesar de mi veneracion hácia la Sorbona, vuestro concilio permanente de las Gálias, yo os declaro á mi vez, que no conozco mas que un hombre en el mundo á quien se haya dicho: "*Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; confirma á tus hermanos; apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas*. Lo que él condera, yo lo condeno; lo que él aprueba, yo lo apruebo. ¿Podeis decir de él otro tanto? Se abusa de ello, añadió aún; pero se abusa también del Evangelio, ¿y es malo por esto?"

Y me fijaba la vista escudriñando mi pensamiento; como yo le veia en tan buen camino, le dije para llevarle al término: "No es ménos cierto que es una teología de contrabando que se introduce furtivamente en los seminarios y en las diócesis, con gran disgusto de los profesores y de los obispos. — ¡Teología de contrabando! *ma che vergogna!*, mas qué vergüenza. ¿El Santo Padre es ó no es el jefe de la Iglesia universal? Su reino espiritual, su derecho de gobernar y de enseñar, ¿se extiende ó no se extiende á todos los reinos y también á la *bienaventurada* Iglesia galicana? ¿Tiene ó no tiene el derecho de aprobar, de vituperar á los predicadores y á los teólogos, de hacer enseñar, ó de condenar las doctrinas? ¿de darles ó de negarles pasaportes para todo el universo? Si decís que sí, y conviene que paseis por ello, so pena de dejar de ser católico, ¿podríais citarme quién tiene el derecho de declarar mercancía de contrabando una teología aprobada y recomendada por el vicario de Jesucristo? ¿Quién tiene el de-

recho de establecer aduanas en las fronteras de tal ó tal imperio para pesar, verificar, visar, señalar, detener, confiscar las doctrinas que él envía? Pues bien; la moral de San Alfonso viene de Roma, su pasaporte está firmado, *Benedicto, Clemente, Leon, Pio, Gregorio*; luego no es una mercancía de contrabando; luego está en regla; luego tiene libre paso, libre circulación; luego toca á las autoridades competentes prestarla socorro y asistencia en caso de necesidad."

A estas palabras, se descubre otra vez el reverendo padre, y me dice inclinándose profundamente la cabeza: "¿Cuántos hay de vuestros franceses que presenten iguales certificaciones?" No pude dejar de sonreirme al ver el entusiasmo del buen anciano. Me hizo gustar la sal de su conversacion de tal modo, que no he temido en referirla toda entera. ¡Ojalá y pueda ella servir para fijar los espíritus en una cuestion de la más alta importancia!

Al volver, visité á *San Luis de los Franceses*; esta es la más bella iglesia nacional que hay en Roma. Además de la magnífica fachada de travertino, se admiran allí dos soberbios frescos del Dominiquino; las pinturas de la bóveda por el caballero d'Arpin; la tumba del cardenal de Bernis, y sobre todo, un pequeño cuadro de la Virgen Santa, colocado en la sacristía. Esta obra, de gran hermosura, se atribuye al Corregio. La iglesia fué edificada en 1580, segun los dibujos de Santiago de la Porte, y dedicada á la Santísima Virgen, á San Luis rey de Francia, y á *San Dionisio Areopagita, apóstol de las Gálias*. Así, mal que pese á nuestros críticos de reaccion, Roma y nuestros abuelos han creído siempre que la Gália céltica conserva la fe del ilustre discípulo de San Pablo. A la verdad, cuando se han leído las sábias *Disertaciones del padre Mamachi*, causa admiracion que la Francia mo-

derna haya podido repudiar tan noble origen. Hasta principios del siglo XVII, no se ponía seriamente en duda, aun entre nosotros, la mision de San Dionisio. El *Mar-tirologio galicano* publicado por el sabio Du Saussaye y la iglesia de San Luis de los Franceses en Roma, son de ello un doble monumento; ¿no se encontrará hoy un crítico, digno de este nombre, que revise este proceso?

14 DE ENERO.

El abate Palotta.—El padre Bernardo.—El padre Ventura.—Predicacion italiana.

Monseñor de B., protonotario apostólico, celebraba en su capilla privada, con permiso del Santo Padre, la fiesta patronal de San Luis, y me suplicó que fuese yo á decir la misa allí. Fué tanto mayor mi reconocimiento por aquella amable invitacion, cuanto que debía procurarme la ventaja de ver á uno de los *santos* de Roma, al reverendo padre Bernardo, religioso mínimo. El y el abate Palotta están acusados altamente de hacer milagros. El hecho es que gozan en Roma de aquella veneracion religiosa que está afecta á la santidad, como la sombra al cuerpo; y todo conduce á creer que en este caso la voz del pueblo es la voz de Dios. El abate Palotta es un sacerdote secular. Napolitano de origen, amigo y compañero del venerable canónigo de Buffalo, fundador de la *Congregacion de la preciosa sangre*; y de él heredó su talento y su celo. Su vida se pasa en toda clase de obras. Voy á citar en particular el *Apostolado católico*, vasta concepcion del génio de la fe, en la cual vienen á concentrarse todos los pensamientos particulares, todas las obras aisladas que tienden á la gloria de Dios y al bien espiritual de los hombres. Para hacer conocer esta obra, representándola con

su carácter de universalidad, se predica, durante la octava de la Epifanía y en todas lenguas, en San Andrés *della Valle*, y se celebra allí misa en todos ritos. El abate Palotta es llamado continuamente cerca de los enfermos; si hay una mision difícil, parece que es de su resorte; ¡tan grande así es la confianza que inspiran sus virtudes! Trae siempre consigo una imagen de la Virgen Santa, colocada en un gran relicario, y en lugar de los *buenos dias* ó del *hasta la vista* mundano, su saludo es presentaros á María á vuestra veneracion. Este hombre extraordinario es pequeño de estatura, delgado y un poco encorvado. Sus cabellos ya encaneciendo; su tez pálida; sus grandes ojos azules como el cielo de Roma; su mirada dulce y penetrante; su rostro ovalado de gran pureza; la amenidad de sus maneras, el aire de melancolía y de candor difundido en toda su persona, pero sobre todo su fe que de nada duda, os inspiran no sé qué sentimiento de confianza filial y de respeto religioso que no podeis impedir. El abate Palotta habla poco, y su continente, siempre compuesto, da idea de un verdadero *místico*, en el buen sentido de esta palabra.

Otro es el *padre Bernardo*, porque la gracia se modifica segun los caracteres y los temperamentos. El padre Bernardo, calabrés de nacimiento, soldado ántes de ser religioso, tiene modales más decididos que el abate Palotta. Su estatura es alta, su andar vivo y expedito, su fisonomía móvil, cabellos negros como azabache, una tez morena, ojos negros y pequeños que brillan como dos antorchas en sus órbitas profundas, labios delgados y pómulos salientes, que caracterizan en él el tipo meridional. Amable, alegre, sencillo, un poco descuidado, atrae hácia él, por la franqueza de sus maneras, la espiritual vivacidad de su palabra y ese inexplicable sello de santidad impreso en toda su perso-

na, que no deja él mismo de conocerlo. Cuando sale, todo el mundo le detiene en las calles para besarle la mano y encomendarse á sus oraciones. Esto le sucede todos los dias; porque por mañana y tarde, y por tarde y mañana, es llamado cerca de los enfermos, de los afligidos y de los pecadores. Todas las clases se lo disputan, y él se entrega todo á todos. Pero su salud no le basta, y aunque jóven, está ya encorvado, no tanto por el peso de sus cuarenta y cinco años, sino por las austeridades y las fatigas. Para aliviarle, hace algun tiempo que le enviaron sus superiores á Calabria. Apénas supo el pueblo de Roma la salida del *santo*, cuando acudió en masa al convento de los Mínimos, y reclamó con lágrimas á su consolador y á su amigo. Esta súplica llegó hasta el soberano Pontífice, quien llamó al padre Bernardo, y mucho tiempo hizo el pueblo guardia, durante la noche, al rededor del monasterio, para impedir que se lo arrebatasen otra vez.

Tuvimos la felicidad de asistir á su misa, celebrada en la capilla de Monseñor de B. . . .; la dijo, como santo que es, con mucho recogimiento y sencillez. Solo permaneció veinte minutos en el altar, y no fué largo más que en el Ofertorio, en el *Memento*, en la Consagracion y en la Comunión. Todo lo demas lo pasó violentamente; se veía que trataba con Nuestro Señor como con un amigo. Tuvo la bondad de darnos á cada uno un recuerdo, y de hablarnos de la Francia, cuya situacion moral conoce muy bien. La reputacion de hombre de Dios, de que goza el padre Bernardo, es de tal modo real, que en los negocios difíciles el soberano Pontífice recurre con frecuencia á sus luces.

Véase cómo Roma es un gran relicario no solo de santos muertos, sino tambien de santos vivos; me parece que debe ser

así. ¿Acaso la nota de santidad no debe ser permanente y sensible en la Iglesia, como la de catolicidad? ¿No es acaso en el corazon mismo de la celeste esposa del Hombre-Dios, donde este carácter debe brillar con un brillo más constante y más vivo? Además, la permanencia del milagro hace que la santidad de la Iglesia llegue á ser, sobre todo, incontestable. Pues bien, los santos muertos, cuyas reliquias llenan las catacumbas de Roma, ó descansan bajo los altares, como el cuerpo del bienaventurado Crispino y del bienaventurado Leonardo de Puerto-Mauricio, prueban que era santa en los siglos pasados; y los santos vivos demuestran que no ha dejado de serlo.

He dicho que el abate Palotta dirigia el Apostolado católico, y con objeto de contemplar esta grande obra en accion, nos trasladamos á San Andrés *della Valle*. Durante el dia habian tenido lugar muchos sermones en diferentes lenguas; el de por la tarde fué predicado por el célebre padre Ventura, cuyo púlpito estaba rodeado de una inmensa concurrencia. Apénas bastaban á la multitud la iglesia y las capillas laterales. Apareció el padre en el *palco*, especie de estrado levantado 6 piés sobre el auditorio; es bastante amplio para colocar en él una mesa y un sillón, y bastante largo para que el predicador pueda pasearse. Por lo demas, no está rodeado ni con rejas ni con balaustados; solo alfombras más ó menos ricas lo cubren, cayendo hasta el suelo. El predicador no tenia más traje, que su vestido de teatino. Despues del exordio, se puso el gran orador en movimiento, y yendo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, distribuía la palabra santa á todas las partes de la numerosa asistencia. Gracias á esta libertad, habia en su accion y en su gesto una naturalidad y una dignidad, que es imposible expresar en esa es-

pecie de toneles en que el arte moderno aprisiona al predicador cisalpino.

No he visto recojimiento más perfecto. Es cierto que la materia misma inspiraba, sobre todo en Roma, un interés poderoso: *María reina de los Apóstoles*, tal fué el tema del orador. Y no sé qué debía admirarse más: si la noble sencillez ó la prodigiosa erudición con que fué tratada esta materia. Como hombre superior que es el padre Ventura, al hablar á un auditorio compuesto en parte de gentes del pueblo, supo, por la claridad evangélica de su alocución, ponerse al nivel de los espíritus más sencillos; y al mismo tiempo su profunda ciencia atraía el asentimiento de la razón más elevada. Nos demostró que María merecía su título glorioso, no solo porque fué la madre del Rey de los Apóstoles, sino también porque había sido el primer apóstol de su Hijo. En el pesebre le hizo conocer de los Magos; en el cenáculo ella presidia á la difusión de la Iglesia, después de haber presidido á su nacimiento en la gruta de Bethleem. Ella fué la que reveló á los Apóstoles los misterios de la santa Infancia; ella la que obtuvo el perdón para San Pedro, para los Apóstoles la fidelidad, y para San Estéban el valor del martirio; ella, la que puso fin á la controversia entre San Pedro y San Pablo. A ella edificó Pedro una iglesia en Palestina, Pablo en España, Tomás en la India, Andrés en Acária. Al oír cada una de aquellas proposiciones, la mayor parte tan nuevas para mí, me decía yo interiormente: ¿Cómo va á probarlo el padre? Mas hé ahí, ¡cosa admirable! que á continuación de cada aserción venían en clase de prueba uno ó muchos textos de los Padres de la Iglesia. Este sermón produjo una impresión profunda y dió una alta idea, así de la elocuencia, como de la ciencia del predicador. Al acabar se detuvo el padre, todo el auditorio se puso de ro-

dillas y se rezaron en voz alta tres *Ave María*, á fin de que la gracia viniese como un bienhechor rocío á fecundar la semilla sagrada depositada en las almas; esto me pareció tierno y muy lógico. Durante este momento de descanso, los miembros de una cofradía hicieron la colecta. Cubiertos con grandes sacos de burato negro, que les ocultaba hasta el rostro, recorrían todas las naves de la iglesia. Para no molestar á la concurrencia pasando entre la gente, llevaban consigo unas largas varillas, en cuyas extremidades estaba suspendido un saco; hacían llegar éste delante de cada uno de los oyentes, el cual podía sin esfuerzo alguno depositar en él su ofrenda; por último, una bendición con el Santísimo Sacramento coronó el sermón.

Debo decir que la predicación italiana difiere notablemente de la nuestra. En Roma particularmente, las materias de moral tienen la preferencia; allí no se soportan nuestros sermones filosóficos. Una materia práctica apropiada á las necesidades del auditorio, los testimonios de la Escritura, de los Padres, de los Concilios, con algun rasgo histórico; hé ahí el fondo de la predicación. En cuanto á la forma, es sencilla, el estilo es ménos estudiado que entre nosotros, el patético mucho más frecuente, sobre todo el diálogo con el oyente ó con el crucifijo invariablemente fijo en la cátedra, cuando el predicador no le tiene en la mano. A las materias de moral, se une la hermenéutica ó explicación histórica, dogmática y moral de la Santa Escritura. Más tarde hablaré de esto.

15 DE ENERO.

Iglesia de Belisario.—Santa María *in Fornica*.—Hoguera imperial.—Descripción.—Fúnebres de Augusto, su mausoleo.—Pormenores sobre la camisa de amianto.

Nos quedaba por visitar la parte del Campo de Marte que está inmediata al mausoleo de Augusto. En vez de dirigirnos á la plaza de España, tomamos la dirección de la fuente de *Trevi*, y pasando por la Rotonda, llegamos al centro de Roma, al nuevo teatro de nuestras investigaciones. La razón de este rodeo era el deseo de visitar la pequeña iglesia de Santa María *in Fornica*, edificada cerca de la fuente *Trevi*; su nombre le viene de los arcos *fornices* que sostenían el antiguo acueducto del agua virginal. Los adornos, que la decoran nada tienen de notable; pero su origen excita vivamente la curiosidad del viajero. Belisario, obedeciendo ciegamente á las órdenes sacrílegas de la emperatriz, había osado deponer al papa Pelagio. Pero este ilustre guerrero no vivió largo tiempo sin reconocer su falta; se humilló, se arrepintió de ella, y para perpetuar la memoria de su arrepentimiento, mandó levantar esta Iglesia que habíamos ido á visitar. En la parte exterior de la pared lateral, se ve una tabla de mármol. Hé aquí esa inscripción tan groseramente esculpida:

Hanc vir patricius Vilisarius urbis amicus
Ob culpæ veniam condidit Ecclesiam,
Hanc idcirco pedem qui sacram ponis in ædem,
Ut miseretur cum sæpe precare Deum:
Janua adest templi Domino defensa potenti.

«El patricio Belisario, amigo de Roma, edificó esta Iglesia en reparación de su falta. Por tanto, los que entreis á este santuario, rogad frecuentemente á Dios que tenga piedad de él; hé aquí la puerta

del templo defendida por un señor poderoso.» El peregrino que entra á la iglesia monumental, ruega de buena gana por Belisario, y llora vivamente aquellas edades de fe en que la debilidad humana sabía rescatar sus faltas con una brillante expiación.

Llegamos á la calle *della Scrofa*, inmediata á la iglesia de San Agustín, y nos vimos en el lugar mismo en donde se levantaba en otro tiempo el *bustum* imperial; aquí venía á acabar la gloria de los señores del mundo. Antes de esperar los estragos de la tumba, sus cuerpos eran reducidos á cenizas. La hoguera que se levantó para quemar el cuergo de Augusto, llegó á ser permanente y sirvió para consumir á sus sucesores. ¡Qué de graves pensamientos surgen en aquel lugar, testigo tantas veces de la vanidad de las grandezas más admirables á que puede el hombre llegar! El monumento fatal que sirvió para reducir á polvo á tantos Césares divinizados, pereció como ellos y solo quedan de él el lugar y el recuerdo, pero con la historia en la mano es posible reconstruirlo y estudiarlo.

Representaos un templo cuadrangular formado de una enorme pila de madera, cuyo interior está lleno de materias combustibles, y el exterior cubierto con tapicerías bordadas de oro, y adornado con pinturas y estatuas. Este templo se compone de cuatro pisos, disminuyendo el uno sobre el otro, de manera que el segundo es más pequeño que el primero, el tercero que el segundo y así sucesivamente. Cuando murió Augusto, se le expuso durante siete días en el vestíbulo del *palatium*. En un lecho vasto y elevado, adornado de oro, de marfil y de cojines de púrpura bordados de oro, se veía una estatua de cera parecida al emperador. ¡Ay! el señor del mundo no era ya más que un cadáver, y para quitarlo de la vista, se había reserva-

do un lugar en la parte inferior de este lecho, para encerrar allí el verdadero cuerpo. Augusto estaba representado acostado, cubierto con el vestido triunfal y aparentando la palidez de un enfermo. 1. Cerca del lecho estaba un joven y bello esclavo, que con un abanico de pluma de pavo real, espantaba las moscas del rostro del príncipe, como para guardarle el sueño. Al rededor del lecho se veían sentados durante la mayor parte del día, á la izquierda, todo el Senado vestido de luto; á la derecha, las matronas distinguidas por las dignidades de sus maridos ó de sus padres. No llevaban compostura de oro, ni collares; todas estaban vestidas con simples túnicas blancas y en actitud de una profunda tristeza. Durante los siete días, se presentaron los médicos cuotidianamente, como si fueran á visitar á un enfermo, y decían cada vez: Va más mal 2.

El día de las exequias se trasladaron á la casa Palatina los cónsules designados, para levantar el lecho funerario, que pusieron en sus espaldas cuarenta soldados pretorianos. Delante del lecho se notaba una estatua de la Victoria, que por una lisonja muy delicada quiso el Senado que apareciera en aquella pompa fúnebre, como si aquella diosa fuera de la familia de los Césares. Estaba acompañada de dos estatuas de Augusto, una de oro en una camilla, y que estaba destinada á recibir los honores divinos, y la otra en un carro triunfal. Venían en seguida los bustos, no solo de todos los abuelos de la familia imperial, ménos Julio César, á causa de su *divinidad*, sino también los de todos los Romanos que desde Rómulo se habían hecho ilustres por sus bellas acciones. Entre los bustos y las estatuas aparecían también cuadros en los cuales se veían los títulos de todas las leyes dadas por Au-

1 Herodiam., IV, Ant., p. 87.

2 Id., id.

gusto 1 y los nombres de todas las naciones vencidas por él.

Comitivas de jóvenes de ambos sexos acompañaban la pompa fúnebre, cantando poemas en honor del difunto. El Senado, los caballeros, los soldados pretorianos y una multitud de ciudadanos, cerraban la marcha. Todos iban vestidos de luto, y en vez de anillos de oro los llevaban de hierro. 2 Al llegar al Forum se detuvo el cortejo. Allí se pronunciaron dos oraciones fúnebres, una por Tiberio y otra por el joven Druso. Los senadores, como ellos mismos lo habían decretado, vinieron á su vez á tomar el lecho en sus espaldas para llevarlo á la hoguera; se le colocó en el segundo piso del templo improvisado, cuyos pontífices y sacerdotes hicieron procesionalmente la ceremonia. El cortejo les siguió, y cada uno, al pasar, arrojó perfumes, plantas odoríficas, aromas de todos géneros, armas de honor recibidas en otro tiempo por los soldados á causa de sus bellas acciones en la guerra. 3 Tiberio y la familia imperial fueron á dar el último beso á la estatua de Augusto; se colocaron en seguida en un tribunal y se procedió á distribuir antorchas á los centuriones, que encendieron con ellas la hoguera. En ese mismo momento, se dió libertad desde el pequeño templo á una águila, que elevándose rápidamente por entre los torbellinos de llamas y de humo, emprendió su vuelo hácia el cielo, como para llevar á él el alma del ilustre muerto. Livia y los principales caballeros, vestidos con simples túnicas sin cinturones y con los pies desnudos, permanecieron cinco días después cerca de la hoguera, recogieron las cenizas del emperador y las encerraron en su mausoleo. 4

1 Tacit., Annal., I. 8.

2 Suet., Aug. 100.

3 Dio., Lib. VI, p. 685.

4 Roma en el siglo de Augusto, carta LXX, p. 10.

Este soberbio monumento, construido por Augusto mismo, se componía de una gruesa torre redonda, muy alta, de tres pisos concéntricos, de los cuales el segundo era de un diámetro menor que el primero, y el tercero menor también que el segundo. El espacio dejado por cada piso, estaba lleno de tierra y plantado en su contorno por árboles, que no despojándose jamás de su verdor, formaban un agradable contraste con las paredes del edificio que estaba edificado todo con mármol blanco. Una estatua de bronce, del emperador, formaba el complemento del último piso. En la parte inferior del mausoleo estaban los *loculi* para las cenizas del príncipe, de sus parientes y de sus amigos. 1 Detrás había un bosque sagrado con paseos abiertos para el público; luego una plaza rodeada por un doble recinto cercado, uno de mármol y otro de hierro, precedida de dos obeliscos de 60 piés de altura y cada uno de un solo trozo de granito oriental: tal era el mausoleo de Augusto.

De este monumento, que llevaba hasta los cielos el magnífico testimonio de nuestra nada, no queda hoy más que una gran ruina. Cuando el viajero entra á la calle de los *Pontífices*, y llega cerca del palacio Corea, se encuentra delante de gruesos muros vacilantes y destruidos, obra reticular de piedra calcárea, que es el basamento del soberbio túmulo; nada de mármol, ni de inscripciones, nada de estatuas ni de obeliscos; todo ha desaparecido. El diámetro actual de las ruinas del basamento, es de 220 piés romanos antiguos. Acer-

1 Quorum omnium (sepulcrorum) præclaris simul est Mausoleum, ager ad omnem supra sublimen albi lapidis fornix congestus et ad verticem usque semper virentibus arboribus copertus. In fastigio statua Augusti Cæsaris: sub aggere loculi ejus et cognatorum ac familiarum. A tergo lucus magnus ambulationes habens admirabiles.—Strab., V., p. 211.

cándose á ver, se distinguen todavía en el contorno los vestigios de trece cámaras sepulcrales; la 14ª servía de entrada á la gran sala redonda colocada bajo el *agger*, cuyo diámetro era de 130 piés.

Las cenizas de Augusto, como las de todos los Césares, fueron arrojadas al viento; pero al fin vinieron á descansar en este lugar. ¿Por qué medio se las había podido distinguir de entre las otras cenizas de la madera que sirvió para consumir el cadáver imperial? Esta es una cuestión que no carece de interés, pero cuya respuesta exige algunos pormenores. El resultado de que hablo se debió al uso de la camisa de amianto, en la cual se envolvían los cuerpos destinados á la hoguera. Todo el mundo sabe que el amianto es un mineral filaginoso, de color gris ó aplomado, y que con él se hace un tejido que resiste perfectamente á la acción del fuego. El amianto se halla sobre todo en Córsega, en Chipre, en la India, en los Pirineos y también en los Alpes. En cuanto á la manera de ponerlo en obra, se toma la piedra y se la arroja en agua caliente, permaneciendo allí más ó ménos tiempo, según la temperatura del baño. En seguida se la muele y se la amasa con las manos para hacer salir de ella una especie de tierra blanquizca, semejante á la cal. Esta tierra forma el pegamento de los hilos del amianto. Cuando el agua en que se hace esta operación se convierte en blanca y espesa, se cambia con otra y se sigue la operación hasta que el mineral esté enteramente desprendido de las sustancias extrañas. El amianto, reducido á hilos, se pone en una caña para que seque.

Se toman en seguida dos cardas ó peines semejantes á los que sirven para cardar la lana, y se peina suavemente el amianto. Cuando las cardas están llenas, se las aplica una contra otra y se las fija en